





UNA RAZA QUE DESAPARECE



# UNA RAZA QUE DESAPARECE

Los indios Tehuelches de la Patagonia

de  
Ramón Lista



*Leer y Viajar*

*INTERfolio*

*Clásico*



## PREFACIO

Qué difícil es entender todo aquello que se esconde bajo el alma humana. Pero mucho más complicado es comprender lo que ha vivido y experimentado una persona que se convierte a sí misma en esclava de sus propias palabras, y se coloca en el centro de dos polos completamente opuestos:

*«Pero, saquemos al ona de su choza; iniciémoslo en nuestra manera de vivir y en nuestra civilización, despertando en su espíritu los anhelos que distinguen a nuestra raza y, en poco tiempo, lo habremos cambiado y enaltecido, alejándolo de la fuente impura de su origen».* (1887)

*«¡Pobres tehuelches! Cuán felices no seríais de nuevo, si al despertar una mañana, alguien os dijese que los hombres blancos se habían marchado para no volver jamás... lo que entristece vuestro espíritu es la libertad perdida, la libertad antigua en medio de los campos desiertos, sin el fantasma de la civilización invasora».* (1894)

Ramón Lista, nos dejó este contradictorio testimonio con siete años de diferencia y con un significado completamente distinto. En la época del primer texto el autor estuvo relacionado con una matanza de onas y expresa una suerte de deseo de genocidio cultural sobre este pueblo nativo, que debería ser absorbido por la civilización occidental. En el segundo texto, por el contrario, este explorador argentino visualizó el devenir de los pueblos y culturas ancestrales y propone transgredir las máximas de una ciencia antropológica embrionaria que nació con una rigidez y rigurosidad que no daba cabida a la subjetividad. Con su obra, *Los indios tehuelches, una raza que desaparece*, Ramón Lista rompió con este patrón antropológico. Fue capaz de compaginar la «observación participante» con la defensa a ultranza de los pueblos tradicionales en peligro de extinción, convirtiéndose así en uno de los pioneros de este modelo de trabajo de campo etnográfico. Un método con el que, quien suscribe estas líneas, se siente plenamente identificado

Lejos de los denominados «antropólogos de sillón», que desgraciadamente todavía existen en la actualidad, y que abundaban en el pasado, Ramón Lista realizó tal inmersión entre los tehuelches que incluso llegó a tener una esposa nativa que le abrió las puertas de una cultura que, difícilmente, hubiera podido conocer de otra manera. Además, Kolia, así se llamaba, le ayudó de alguna manera a reconocer los errores cometidos con los onas. Sin duda, convivir con los tehuelches le hizo ser mejor persona y le permitió ver lo peor de sí mismo.

Quizás el lector pueda ver en esta obra un intento de redención por la matanza de onas cometida años atrás. Como suele decirse en estos casos «rectificar es de sabios». En algunos pasajes de esta obra da la sensación incluso de abrazar el



sabor amargo del arrepentimiento, mostrando además la ira infranqueable de quien se siente completamente impotente ante la desintegración de una cultura que desaparece. En este sentido, ¡ojalá muchos ensayos antropológicos contuvieran ese subjetivismo que tanto se echa de menos y que para nada interfiere en el rigor científico de un ensayo! Ramón Lista nos enseña que ambas cosas pueden ser perfectamente compatibles y muestra una vez más ese vacío existente en muchas obras antropológicas que se ciñen a lo analítico y descriptivo y que esconden cualquier valoración personal distanciándose de esta manera el autor del lector y construyendo una barrera insalvable llamada «ciencia».

En esta obra, Ramón Lista nos muestra un pueblo nómada y cazador, el Tehuelche, que vive en perfecta simbiosis con su entorno, que aboga por una riqueza cultural no asentada en el egoísmo y en la repulsa, características del mundo occidental, sino más bien en la solidaridad y el cooperativismo, y que encuentra en las relaciones humanas su fuerza para evolucionar. Pero, al mismo tiempo, el autor también nos explica el trasiego que supone la llegada del hombre blanco, que convirtió la fortaleza de este pueblo en debilidad y, donde el alcohol, el cristianismo y las enfermedades propias del mundo occidental, derribaron por completo un muro cultural que parecía destinado a perdurar. El hombre blanco los convirtió en esclavos de un destino donde los sueños dejaban de vislumbrar el futuro de sus corazones dormidos. Y de esta manera, Ramón Lista nos explica cómo el aliento de esperanza tehuelche se desvanece, igual que su cultura tradicional, una tragedia indigenista que lleva siglos repitiéndose y que aún sucede en la actualidad.

Sin embargo, por encima de todo, y al margen de las interesantes conclusiones de esta investigación antropológica que el lector podrá leer seguidamente, yo destacaría ese alegato en defensa de la etnia tehuelche, que bien podría extrapolarse a todas las culturas ancestrales del mundo. Al leer la obra de Ramón Lista uno se da cuenta de dónde venimos, lo que un día fuimos, y en lo que nos hemos convertido. Históricamente, el hombre occidental ha interferido en el desarrollo cultural de los pueblos indígenas, tanto modificando su hábitat natural, como transformando sus necesidades más básicas y esenciales. En muchos casos ha sido un proceso de aculturación impuesto y traumático, en otros, bajo el poder de una tecnología más avanzada, utilizando el engaño como método subversivo para someterlos a un mundo occidentalizado. Hoy en día, muchas comunidades indígenas siguen estando desprotegidas frente a la invasión del hombre blanco. Sienten que están en completa desigualdad y ven como sus respectivos gobiernos les ayudan y les protegen poco, o nada. El resultado es que ya han desaparecido numerosas etnias, otras muchas, en la actualidad, están en peligro de extinción, y no pocas más están perdiendo su identidad cultural. Para empeorar las cosas, en estos momentos, algunas comunidades indígenas se encuentran en lugares geopolíticamente estratégicos donde existen importantes recursos naturales que interesan, y mucho, a los países occidentales. Además, como el fin es conseguir sus objetivos y satisfacer sus ambiciones, no reparan en los daños colaterales que provocan en los nativos.

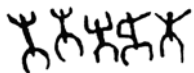
Así pues, el texto de Ramón Lista fue tan novedoso en su día como lo es hoy. Sus conclusiones, su denuncia y su implicación con el pueblo tehuelche son toda una declaración de

intenciones que lejos de convertirse en una historia del pasado, constituye un espejo en el que mirarnos, un reflejo del presente y una reflexión para nuestro futuro, amenazado desde hace tiempo por la involución de la civilización occidental.

Por este motivo, nunca deberíamos olvidar que cuando un pueblo indígena desaparece, la Humanidad pierde una gran parte de sí misma. Las comunidades ancestrales son como el pulmón de una Tierra humana. Si desaparecen, perderemos para siempre las raíces de nuestra propia civilización y, por lo tanto, dejaremos de ser lo que un día fuimos, es decir, seres humanos.

FRANCESC BAILÓN TRUEBA

*Antropólogo y viajero por el mundo*





*¡Pobres tehuelches!  
Cuán felices no seríais de nuevo si,  
al despertar una mañana, alguien os  
dijese que los hombres blancos se habían  
marchado para no volver jamás.*

*RAMÓN LISTA*



## *DOS PALABRAS*

Las páginas que siguen han sido escritas bajo la choza del salvaje patagón, siempre hospitalario y cariñoso con el viajero.

Para darme cuenta cabal de la vida de tribu; para sondear el pensamiento y el corazón de los hijos del desierto, he tenido que vencer muchos obstáculos, sufriendo estoicamente la maledicencia y la perfidia, que traen aparejadas las dos grandes virtudes de estos tiempos decadentes: la envidia y la alevosía.

Es este, pues, un libro de verdad, escrito con todo el interés que inspira una raza próxima a desaparecer de la escena del mundo.

Dedícola a mi buen amigo el Dr. Bartolomé Galiano.  
Nada más.

R. L.

Enero de 1894.





**Áreas de población Tehuelche  
antes de la «Conquista del Desierto»**





## INTRODUCCIÓN

La hora postrimera de un pueblo, ya sea civilizado o salvaje, reviste siempre un carácter de suprema solemnidad.

Tiene la amargura de todas las catástrofes de la historia, es la tragedia siempre nueva de las razas.

Un día un viajero se detiene al borde del más grande de los ríos de América. A su margen se halla una choza y en esta un anciano que acaricia un loro. «Cuando yo y este pájaro hayamos muerto ya nadie volverá a hablar nuestra lengua», balbucea tristemente el salvaje.

El cuadro no puede ser más melancólico ni más amarga la frase.

Se dice y se repite que la extinción de las razas superiores obedece a una ley fatal; pero ha debido agregarse un comentario: extinción es refundición, incorporación, pero no aniqui-

lamiento implacable y artero por un instinto de malignidad civilizada, y tácitamente consentida por los que mandan.

Se ha acusado de crueldad a los conquistadores españoles: se ha dicho que fueron tan bárbaros como los mismos caribes a quienes dominaron; pero no se ha mostrado el reverso de aquellas atrocidades, si las fueron; si las sabias y humanitarias medidas dictadas por La Gasca a favor de los indios del Perú, confirmadas por el virrey Mendoza, reflejadas en las crónicas de la época.

Se recuerdan las crueldades de la soldadesca batallando a tres mil leguas de Europa; pero se olvidan las ordenanzas humanitarias inspiradas por los reyes de España, y los clamores de fraternidad humana que han ilustrado los nombres de Las Casas, de Ondegardo, del obispo Valverde.

La historia de la expansión territorial de Chile y la Argentina tiene también sus páginas sombrías. La conquista moderna de la Pampa lleva en sí un sello de crueldad que hace poco honor a la tan decantada civilización de nuestra época.

Algún día se ha de escribir la relación fehaciente, documentada, de las atrocidades cometidas con las tribus mapuches, y cuando a ellas se agreguen las sangrientas escenas de que ha sido teatro la Araucanía y el Gran Chaco, el filósofo no podrá menos de reconocer en el hombre toda la ferocidad del tigre, disimulada por fementidos propósitos de redención, cuando en realidad solo le guía su instinto destructivo: «Raspad el ruso y encontraréis el tártaro».

Nuestro siglo es siglo de egoísmo: el móvil único del hombre es la riqueza, su corazón está vacío de creencias y de esperanzas; lo que no es aritmético le es indiferente.

Solo así se explica el silencio en torno de las agrupaciones indígenas que van desapareciendo, no por la ley del evolu-